

Proclama Jesucristo en el evangelio según San Juan una sentencia magistral: «La verdad os hará libres». Escribir acerca de lectura y libertad puede resultar –o parecer– extraño a la idea de verdad. Sin embargo, la lectura en libertad y su más alta consecuencia, la escritura en libertad, están íntimamente ligadas a la verdad.

Históricamente nos encontramos con dos concepciones de «verdad»:

1.-La que podríamos denominar «aristotélico-tomista», que afirmarí­a que la verdad es «adaequatio intellectus cum re», adecuación del pensamiento con los hechos; adecuación del pensamiento del sujeto que «ejecuta» con el resultado de la «ejecución» de ese pensamiento, de esa idea, y a la que me atrevo a denominar coherencia.

2.-Tenemos, empero, otra concepción, rescatada por Heidegger y que responde a su sentido etimológico: la verdad como des-ocultamiento, como *Alhvqeia*. La verdad entendida como sacar de lo oculto lo que cualquier «factum» tiene en sí; hacer un claro en la espesura del bosque, aprender de lo que se nos muestra y aprehender lo que se nos muestra.

Pueden parecer dos concepciones opuestas, y algunos doctos metafísicos así lo han mantenido y lo mantienen. Sin embargo, opino lo contrario, y ello debido a dos razones: 1) la verdad nos hace libres porque saca lo oculto de su aparente ocultamiento; 2) se está en la verdad cuando hay una adaequatio entre el pensar y el obrar. Esto es, la «adecuación» está indisolublemente unida al «desocultamiento» o, lo que es lo mismo, la coherencia está indisolublemente unida al hecho de sacar a la luz lo que está oculto. No se puede simultáneamente ser coherente y ocultar la realidad mediante subterfugios, más o menos bien contruidos formalmente, pero que engañan. Ya lo decía Platón: «Quien conoce la verdad, jugando con las palabras, puede desorientar a los que le oyen» 2 . O planteado de otro modo: el que utiliza el engaño no puede ser coherente; el que oculta no puede ser coherente y, por lo tanto, no puede ser libre. Por ello me atrevo a postular dos enunciados:

- 1) La verdad como coherencia (o adaequatio) nos hace libres.
- 2) La verdad como desocultamiento, como aletheia nos hace libres.

Tras esta pequeña disquisición vayamos al fondo de nuestro asunto preguntándonos lo siguiente: ¿nos hace libres la lectura? Voy a intentar responderla condensando mi respuesta en dos afirmaciones:

1) La lectura nos impulsa a indagar en lo profundo de lo que leemos, a desocultar su contenido. 2) La lectura nos lleva –o nos tendría que llevar– a escribir coherentemente, esto es, a realizar un proceso interior que nos lleve a interpretar la realidad que nos toca vivir.

En este sentido podríamos calificar a la lectura como intemporal: por ejemplo, si nos acercamos tanto a los clásicos griegos y latinos como a los escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII, podremos interpretar coherentemente muchas de las realidades de las facta que se nos presentan cotidianamente.

Por ello, quien lee pero es incapaz de escribir, no ha entendido nada de lo que ha leído; y quien escribe sin coherencia tampoco ha entendido nada de lo que ha leído, pero quiere engañar al ingenuo que se acerca a su texto. Tenemos también un tercer caso: el del sujeto que escribe o engarza bellos discursos sin haber leído ni un ápice: aquel que es hijo de la «indigencia intelectual» a la que por desgracia estamos acostumbrados desde hace ya bastante tiempo. Imaginémos una triple analogía:

VERDAD - LECTURA - LECTURA

LIBERTAD - ESCRITURA - LIBERTAD

La verdad nos da la libertad, porque desoculta y nos exige coherencia: la verdad nos lleva a la libertad, nos hace libres. La lectura nos tiene que llevar irremisiblemente a la escritura, porque al leer realizamos un proceso interior de desocultamiento que nos conduce a expresarnos libre y coherentemente. Aun más: me atrevo a afirmar que si somos incapaces de escribir después de haber leído es que no hemos entendido nada. Es por ello por lo que, dando un ulterior paso, afirmo que la lectura nos hace libres. La lectura ejerce las mismas dos funciones que la verdad: desoculta y exige coherencia. Esta es la razón por la cual nos hace libres: libres para pensar, para razonar, para meditar, para analizar lo que leemos y, por ende, para obrar en consecuencia.

Nos queda –a mi humilde modo de ver– un «escollo»: ¿Cualquier lectura nos hace libres? ¿Cualquier modo de leer nos hace libres? Evidentemente, habría que responder que no; y no porque haya lecturas «malas»³, sino a causa de la intención subliminal –y a veces no tan subliminal– que tienen los autores de algunas lecturas que se nos presentan. Por ello –y no sin intención– nos referíamos antes a aquellos que escriben, o sin coherencia con lo que han leído, o sin haber leído nada en su vida

(exceptuando el Marca, que no tiene lectura posible, o el Play Boy, cuya característica no es precisamente la lectura, sino la contemplación visual).

Este es un tema que merecería una reflexión más profunda de la que pueden ofrecer estas pobres líneas, porque conecta directamente con las lecturas que se ofrecen a nuestros hijos en la educación primaria, secundaria o en ese engendro que denominan «bachillerato». Sin contar con las lecturas que se ofrecen a nuestros incipientes universitarios en las casi ya difuntas Facultades de Filosofía. Por ello, simplemente voy a intentar esbozar un par de «pinceladas»:

1.- Hay escritos que sólo se deberían leer si el lector fuera poseedor de un cierto criterio, cosa que no se enseña –por desgracia– en la actualidad.

2.- Hay escritos que jamás deberían haber sido publicados, porque conducen al engaño, al ocultamiento y a la incoherencia: todo ello contrario a la verdad.

3.- Todo escrito que vaya destinado a la manipulación, debería ser apartado de las denominadas «grandes superficies».

Ya me adentraré en otra ocasión en el tema. Quedémonos, por ahora, con esto: la lectura nos hace libres. Y redundando, aunque se asusten los «puristas» (o «fueristas», que les definiría mejor, ya que proviene del latín puer=niño), los pseudo-filósofos de pacotilla y los docentes de oposición previamente concertada, solamente la lectura en libertad nos hace libres.

Si supiéramos transmitir esto a las generaciones venideras, «otro gallo nos cantarían». Ante la defunción oficial de la filosofía –en particular– y de las humanidades –en general– podemos entonar, entre las cenizas, un réquiem, juntando nuestras voces con las de tantos maestros: Sebastián Mariner, Teodoro de Andrés, Leopoldo Eulogio Palacios, José Antonio García Junceda, Adolfo Muñoz Alonso, José Todolí Duque, Antonio Jiménez, Luis Jiménez Moreno,... La lista podía ser interminable; empero, todos están en mi memoria. Si supiéramos transmitir –y me repito– un mensaje coherente a las generaciones futuras, podríamos realizar un gran salto por encima del abismo al que estamos condenados. Por ello, ante la defunción oficial de la filosofía en las mal llamadas «Universidades Públicas» tengo que repetir aquello que el maestro Horacio escribió hace siglos en una de sus odas: Exigi monumentum aere perennius. Y tenemos que levantar –o relevantar– este monumento. Esta es nuestra labor. Si no lo hacemos, seremos traidores a nuestra vocación.

Sic Vidi Re